

Estéticas privadas y estéticas públicas en la producción y consumo del paisaje rural

Pascual Riesco Chueca

INTRODUCCIÓN

Los aspectos sociales y mercantiles en la configuración del paisaje pivotan sobre una articulación fundamental: la poderosa relación trabada entre la valoración estética del espacio doméstico y la valoración estética del espacio colectivo. Las fuentes de aprecio e identificación para ambas estéticas son distintas, pero establecen entre sí una clara dependencia mutua, vehiculada a través de la figura del consumidor. En efecto, el consumo privado, acudiendo a la oferta de un mercado cada vez más serial y masivo, moldea los innumerables impactos de apropiación sobre el paisaje (edificación de recreo, delimitación de propiedades, apertura de accesos) y los no menos abundantes impactos de producción (tecnificación de la actividad agroganadera y cinegética, proliferación de focos industriales).

Este artículo aspira a reflexionar sobre la organización social en torno al paisaje. Se parte de la constatación de marcadas divergencias culturales entre el espacio doméstico y el espacio colectivo, entre la producción y la demanda de paisaje. Los mecanismos de consumo no sólo moldean el entorno sino que influyen poderosamente en el canon, alimentando el discurso popular contemporáneo sobre la belleza paisajística. La rápida evolución de las formas físicas del nuevo paisaje dificulta la maduración de estéticas cultas e integradoras que gocen a la vez de amplia base social. Queda con ello abierto el camino a la nostalgia, a la banalización, o al desinterés.

La línea de reflexión propuesta puede aportar un contrapunto al sesgo 'administrativista' de las políticas dominantes sobre el paisaje. Sólo

acudiendo a una prospección detenida de las conexiones entre los subsistemas de mercado, ciudadanía y gobierno se hace posible la definición de procedimientos eficaces de autocontrol colectivo en nuestra relación con el paisaje.

Como contribución a este campo potencial de estudio, se establece aquí una somera clasificación de los paisajes atendiendo al siguiente criterio: ¿cuál es la organización social subyacente? Se describe asimismo la inestabilidad del paisaje actual, expuesto a la acción de tecnologías pesadas y de accesorios seriados fácilmente disponibles en el mercado. Partiendo de tales premisas se argumenta que el paisaje, especialmente si carece de sustrato social denso, es vulnerable a la acción de agresiones localizadas y aleatorias. La suma de estos impactos, cada uno de los cuales puede ser pequeño en sí mismo, es relativamente acumulativa e irreversible.

EL PAISAJE: ¿AGONÍA O EVOLUCIÓN?

Una contradicción fundamental parece anida en la misma raíz histórica del paisaje. Las condiciones de libertad y de autonomía en las facultades sensitivas que permiten su aprecio se hacen posibles a través de una emancipación del individuo con respecto a las demandas más perentorias de supervivencia. La mirada noble y libre sobre el mundo natural que inaugura el romanticismo es propiciada por el acceso —de una minoría— a algo que cabe denominar distanciamiento: la instalación de sus vidas en un pedestal elevado sobre la mera disputa material de la cotidianidad. *“La distancia propia del mundo vital de qui*

nes ya no viven directamente en la naturaleza y de la naturaleza parece ser condición necesaria previa al desarrollo de un órgano capacitado para el disfrute estético de la naturaleza en tanto que paisaje" (Groh y Groh, 1991, p. 93). Pero lo que hace visible, por primera vez, al paisaje como fuente intelectual y espiritual de sensación, al mismo tiempo contribuye, merced a esta misma lógica de distanciamiento, a la explotación del medio físico. Con ello se hipertrofia su condición triple de herramienta, cantera y sumidero, y se arruina a la vez la posibilidad, recién inaugurada, de resonancia numinosa culta y deliberada ante la naturaleza.

De ahí la coincidencia histórica de dos tendencias contrapuestas: de un lado la emergencia de la sensibilidad ante el paisaje, que inyecta densos caudales de alma e imaginación en el mundo físico; de otro, el creciente desguace y acuartelamiento del mundo rural, que exacerba las actividades extractivas, convirtiendo el campo en gigantesco reservorio o vertedero para redes de apropiación y circulación mundializadas. No en vano son contemporáneos el romanticismo y la máquina de vapor. Por ello, la mirada sobre el paisaje no se sustrae a un tinte crepuscular o agónico: el don de percibir dimensiones exaltantes en la naturaleza es históricamente simultáneo con la más absoluta indefensión del medio natural ante la prepotencia humana.

La instalación del sentimiento del paisaje en el cruce de estas dos rampas, una ascendente, de emancipación sensorial e intelectual, otra descendente, de dismantelamiento de las tramas naturales, debería imprimir un timbre de angustiosa urgencia a nuestra relación con el entorno.

Y sin embargo, no ocurre así; sólo minoritariamente es intuida la proximidad de un crepúsculo, y la sociedad en su conjunto no detecta en el paisaje una fuente de zozobras, sino antes bien un reconfortante proveedor de imágenes vagamente mercantiles: el paisaje como denominación de origen, como parque temático, o como marco turístico y gastronómico. El resto del territorio se vuelve invisible y es sancionado socialmente como un no-paisaje donde se puede dar rienda suelta a las expansiones del lucro.

Por su parte, de la Administración llegan también mensajes apolíneos. El distanciamiento con respecto al medio natural permite formular cuadraturas de círculo que, a la vez que incitan a la expansión de los usos, creen garantizar la intervención equilibrada y creadora sobre el paisaje. Demarcando, inventariando, diseñando, el político define espacios gobernados donde la providencia de los programas parece asegurar la generación por encargo de nuevos tejidos de belleza territorial.

Se ha observado la disparidad de tratamiento que se concede en nuestro entorno a la reproducción del orden doméstico (interiores pulcros y ordenados, paredes enlucidas, recibidores-museo, automóviles resplandecientes) y a la de los exteriores (bordes urbanos caóticos, vertederos, espacios rurales abrumados de elementos chirriantes). La a veces obsesiva preocupación por la fijación formal de los interiores determina una estética del hipercontrol en la que la mancha en la pared, la silla desfondada o la mesa polvorienta son tan inconcebibles como una abominación. El entorno próximo es escaparate de autopresentación; los moldes de consumo ahorman el doméstico museo, el hogar, donde se exhiben pruebas de consumo y de destreza adquisitiva. El entorno lejano es, a lo sumo, un telón de fondo.

Luginbühl (2001) señala en Francia una incipiente transición desde un paisaje entendido como decorado hacia un paisaje entendido como marco de vida: "*aunque un mercado del paisaje va fraguándose, con sus diferentes agentes, está todavía muy anclado a la puesta en escena de la naturaleza, y no aborda de modo frontal la cuestión del marco de vida de las poblaciones francesas; aun así, las representaciones colectivas dejan una brecha abierta en esta dirección*". Cabe inferir que en nuestro entorno, más aun que en el francés, la escala del marco de vida no rebasa la esfera doméstica, el barrio o el pueblo. Por ello, las transformaciones, a menudo caóticas, de las formas del paisaje no despiertan alarma social al no estar ligadas simbólicamente al bienestar y a la bondad de la vida.

Por ello, el entorno distal, el que queda alejado del cuerpo simbólico de individuos, familias o ciudades, es el lugar donde la tensión del

hipercontrol doméstico se disuelve bruscamente, abocando a una total permisividad. No debe sorprender esta aparente incongruencia: esmero en lo próximo y, a la vez, indiferencia por lo lejano. Se trata de un resultado esperable dadas las actuales geometrías de convivencia y vigilancia.

En el siguiente apartado se introducen varias categorías territoriales basadas precisamente en el sustrato de convivencia y vigilancia que conforma el paisaje. Una comunidad tradicional campesina, una comunidad virtual de productores, una comunidad de consumo turístico y residencial: éstos son algunos de los modos de organización social detrás de las fisonomías paisajísticas de nuestro entorno. En el resto del territorio el tejido comunitario latente bajo el paisaje está roto: a esta categoría, creciente en extensión y huérfana de sustento social, se dedica alguna atención en la sección tercera.

ORGANIZACIÓN SOCIAL Y CATEGORÍAS PAISAJÍSTICAS

Berking (1999), en una reflexión provocadora sobre el agro centroeuropeo, sugiere la reciente segmentación del campo en dos categorías nítidamente diferenciadas: *“la tierra se escinde. Por un lado se desarrolla una industria agraria hipermoderna, impulsada por los precios del mercado mundial y por la competencia de origen, que no ofrece ya ningún asidero al idilio de la vida rural. Por otro lado, se agrupan todos aquellos [espacios] en los que es construida la forma física del idilio a base de costosas inversiones de tiempo, dinero y conocimientos. La ciudad se crea así su contrapunto rural a su imagen y semejanza. La extinción del mundo vital campesino es la condición que hace posible la apropiación museística [del campo]”*. Esta división estricta de los ámbitos rurales en espacio destinado a la *“agricultura exhaustiva”* (Malassis, 1992) (invernaderos, monocultivos, naves ganaderas, cercados geométricos) y espacio museístico (evocador de una ruralidad idílica) es sin duda sugerente.

Sin embargo, si se pasa del paisaje alemán o austriaco al mediterráneo, este dipolo se ve precisado de matizaciones y revisiones. En Andalu-

cía y su entorno próximo, es visible ciertamente la emergencia de la categoría agro-industrial (cultivos bajo plástico del Poniente almeriense, naranjales y fresales intensivos de la costa onubense, cultivos de arroz, zonas regables del valle del Guadalquivir), y cada vez más estricta la obediencia turística o residencial a que es sometida una parte del territorio rural (especialmente en la fachada litoral o en los parques naturales: Costa de Cádiz, Aracena-Aroche, Grazalema). Sin embargo, la mayor parte del territorio rural presenta rasgos de más difícil clasificación. La vida campesina o ganadera tradicional no puede darse en modo alguno por extinta, aunque sobre los paisajes moldeados por comunidades agro-silvo-pastorales pesan cargas cada vez más insostenibles. En el resto del territorio, a pesar de la persistencia de la población rural, la decadencia de la comunidad campesina causa una progresiva desvertebración del campo.

Puede por tanto proponerse para Andalucía y regiones próximas la siguiente clasificación orgánica de los paisajes rurales:

- Espacios de agricultura exhaustiva (agro-industriales o agro-intensivos), en los que se procede a un aprovechamiento sistemático de los recursos productivos ligados al suelo.
- Espacios de uso turístico, cuya evolución formal es controlada para evocar un idilio rural y natural, de consumo preferentemente urbano.
- Espacios moldeados por comunidades campesinas: paisajes históricos.
- Espacios distales, de bajo rendimiento en los usos, entregados al aprovechamiento caótico, al abandono y permisividad.

¿Cuál es el ámbito donde esta distinción tiene validez? Probablemente, gran parte del Mediterráneo europeo, así como otras partes poco industrializadas de la Europa no mediterránea. Por ejemplo, es destacable el Norte de Portugal, con Galicia, como la principal reserva europea de comunidades campesinas. Ha de tenerse en cuenta, por ejemplo, que el estado vecino constituye el más rural de los países de Europa (sólo 36% de la población vive en ciudades), muy por detrás de los siguientes (Bulgaria, con 71%, y

Polonia, con 65%) (*World Development Report* 1997). Allí se mantiene, precariamente pero con trazos reconocibles, un minucioso paisaje de densa trabazón y coexistencia de usos.

Por su parte, los espacios de agricultura intensiva no son necesariamente ajenos a toda construcción colectiva del paisaje. Las complejas tramas de un mercado desarrollado establecen comunidades virtuales de producción, que ligan entre sí a los agricultores y al sector de transformación y distribución conexas. En tales comunidades no están ausentes muchas de las características de relación y mutualismo propias de las sociedades tradicionales. Los campos de plásticos de El Ejido despliegan un denso parcelario, donde las relaciones de vecindad entre explotaciones y las normas de dependencia son forzosamente estrechas, dada la compartición de recursos (agua, espacio), de riesgos (contaminación, plagas), y de normas (legislación europea y nacional, GATT). Los usuarios de una zona regable moldean el espacio con acuerdos colectivos y mantienen una continua vigilancia mutua.

Finalmente, el paisaje de consumo turístico o residencial, entendido a través de la concepción de Berking, está regido por una comunidad a distancia, la de sus usuarios urbanos. Adquieren casas, ejercen control sobre las ordenanzas municipales, van haciéndose dueños del campo y promoviendo involuntariamente el abandono de la actividad campesina. El proceso conduce a la for-

mación de un nuevo poblamiento, basado en el ocio, la artesanía de consumo y los servicios, que en parte privatiza el paisaje y en parte lo somete a una transformación convergente con la cultura de los parques temáticos. En algunos casos, la puesta en valor de los espacios naturales (apertura de sendas, centros de interpretación) es un fenómeno que enmascara, bajo su benigna apariencia pública, una progresiva privatización del paisaje, inducida por la nueva propiedad, que ignora las antiguas servidumbres y comunaldades. Y así van creciendo en torno a las antiguas aldeas tejidos residenciales y circuitos de oferta que se convierten más en estimuladores de consumo que en revalorizadores del paisaje.

Sin embargo, en nuestro entorno próximo, tanto en Andalucía como en otras regiones de España y del Mediterráneo, adquiere especial importancia el último tipo de paisajes. En efecto, la categoría distal o paisaje de la negligencia se encuentra en plena expansión, como cualquier viaje atento puede revelar.

EL ENTORNO DISTAL O INVERTEBRADO

Caracteriza a esta división del territorio, concebido como polo opuesto del paisaje proximal ("*paysage de proximité*" en la expresión de Malassis, 1998), la ausencia de una acción colectiva densa. En esta fracción del territorio, no se



Fig. 1. Paisaje de bancales, con almiar de heno, colmenas, parras, árboles frutales, maizales y sembrados de bortalizas. Minho, Portugal. (Foto P. Riesco)

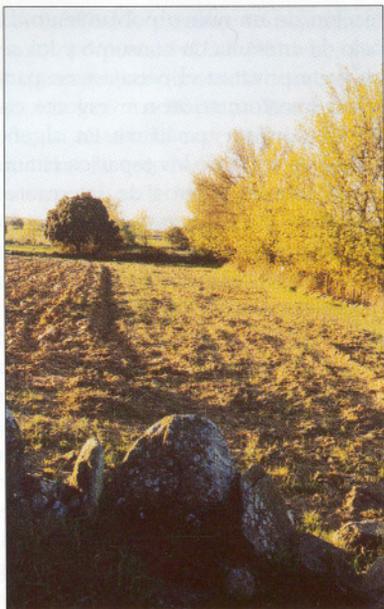


Fig. 2. La buella delicada de la agricultura tradicional. Cercado con seto de endrinos y fresnos en Sayago, Zamora. (Foto P. Riesco)

cuenta con el soporte comunitario tradicional (paisajes campesinos); tampoco se hace notar una regulación explícitamente dictada por normativas de conservación o implícitamente definida por el consumo turístico (paisajes protegidos y visitados); finalmente, tampoco opera una intensa concentración de insumos y tecnologías unida a la conexión con mercados vigorosos y transnacionales (paisajes agroindustriales). El territorio distal carece de un germen morfogénico (modelador de formas paisajísticas) basado en la acción colectiva, es decir, en la interacción de opiniones, prácticas, presiones y tracciones propias de agentes sociales inscritos en una matriz compacta de competencia y convivencia. Cómo se articula, en el marco de este proceso, la oposición entre los espacios proximales (de gala, canonizados) y los espacios distales (socialmente invisibles) es cuestión que se analiza más abajo.

Por lo tanto, el entorno distal es la fracción post-tradicional del territorio que no está sometida a una intervención formal deliberada (museización del territorio) ni a una transformación productiva sistemática y exhaustiva (explotación agro-química intensiva). Esta categoría territorial ha dejado de ser espacio de convivencia, no ya de residentes tradicionales o de visitantes turísticos, sino también de competidores mercantiles agroindustriales. Si los territorios proximales son los que el cuerpo social reconoce como adyacentes a la vida pública, el ocio, la identidad de grupo y la residencia, los distales se sitúan lejos de la convivencia. Han de entenderse distales en el eje simbólico y no en el kilométrico. Los descampados que flanquean la ciudad de Sevilla por el Sureste, aunque cercanos a una gran aglomeración urbana, son distales en tanto que 'invisibles' o 'no reconocidos' por los núcleos de convivencia vecinos.

Los territorios distales se caracterizan por su productividad agroganadera baja, su baja densidad de población, la ausencia de atractivos espectaculares en el paisaje, la distancia o indiferencia con que la ciudad los contempla, y la debilidad de las tramas sociales y culturales que los estructuran. La ubicación distal de esta frac-

ción del paisaje es consecuencia de su posición desfavorable con respecto a la geometría de los recursos, sean éstos materiales o simbólicos. Son áreas, por lo tanto, alejadas a la vez de los focos de alta productividad agro-ganadera, de los enclaves de consumo turístico, y de las fachadas oficiales de las ciudades.

El resultado es un aprovechamiento difuso, que contrasta con la alta concentración propia de los paisajes agointensivos. Sin embargo, la relación de los aprovechamientos no facilita la regeneración del paisaje. En efecto, la permisividad social combinada con el profundo impacto de las técnicas contemporáneas (aunque se apliquen de forma esporádica) de tránsito, apropiación y explotación del territorio, da lugar a un paisaje herido, expuesto a todas las arbitrariedades de uso y abuso.

En el mejor de los casos, estos paisajes preservan, a fuer de abandonados, rasgos de interés natural destacado, y en ellos perviven, a modo arqueológico, rastros de su belleza primera. En el peor de los casos, los paisajes se convierten en bandeja de degradaciones varias. La apertura de pistas, la concentración parcelaria y otras intervenciones públicas contribuyen a completar un semblante paisajístico a modo de extenso parque tecnológico de caótica ocupación, donde el ensuciamiento visual va obturando todos los horizontes. Aquí, por detrás de una cerca de chapas, va creciendo un desguate rural; más allá, una urbanización ilegal va alzándose, donde se levantan desde chabolas hasta "*chalés alpinos y pastiches medievales [...] rodeados de céspedes cuidadosamente recortados y adornados con estatuillas que representan a personajes de Walt Disney*" (Drain, 1998); por el horizonte, detrás de retazos de encinar, asoma una granja porcina, donde se hacinan cerdos supuestamente alimentados con bellota (hipótesis al instante desmentida por el brillo de los voluminosos silos de pienso) que al hozar van haciendo morir de raíz las encinas supervivientes.

Con ello, esta fracción del campo pasa a convertirse en el *envés de la convivencia*: un gran trastero o trastienda donde se agolpan los elementos descartados o la cantera de donde saca

tajada, con ritmos quebrados, una economía oportunista y de rapiña. Al compás de herencias, transferencias de propiedad o cambios en la política comunitaria, van sucediéndose experimentos extractivos, muchos de ellos abocados al fracaso. Una nave industrial de uso ganadero se instala para aprovechar subvenciones al vacuno. Si la explotación se interrumpe, allí quedan los herrajes y chapas de la nave. Un agricultor instala plásticos para el cultivo intensivo: de año en año, van acumulándose jirones semienterrados de material sintético. Un terreno es explanado para plantar naranjos: las curvas de nivel borradas en la operación no regresan cuando el naranjal sea abandonado. Por doquier marcas inconexas de apropiación, de explotación, desórdenes de uso y abandono. La agricultura a distancia, negligente, asistemática, se generaliza.

Puede intentarse acotar esta categoría definiendo sus rasgos más perceptibles. Cabe proponer cinco atributos principales de los territorios invertebrados o distales:

- Negligencia
- Permisividad e impunidad
- Experimentación e intermitencia
- Incrementalismo y acumulación
- Flujos de información débiles
- Extensividad agresiva.

En la rúbrica de negligencia se agrupan prácticas de abuso, identificables como resultado de la *Raubwirtschaft* (economía de rapiña o de tierra quemada; véase Martínez Alier, 1994, p. 63), la cultura de frontera, el aprovechamiento de los recursos naturales en régimen de generación última, con un *après moi le déluge* implícito a los modos de apropiación y uso del suelo. Los paisajes distales pertenecen a la periferia, entendida como polo opuesto al centro donde se negocia la convivencia. Ojeda (1993) ha ilustrado ampliamente los efectos de tal condición periférica en los espacios 'de frontera' que constituyen el actual Parque de Doñana.

La Política Agraria Común (PAC) dictada por la Comisión Europea es indirectamente causante de buena parte de esta nueva agricultura desaliñada. La pretensión oficial de la PAC, centrada en

aliviar la presión de los usos del suelo mediante la promoción de modelos poco codiciosos de aprovechamiento de la hectárea, habrá cosechado éxitos en algunas zonas de la Unión. Sin embargo, en nuestro entorno y por efecto de la picaresca, la PAC se convierte, no en un instrumento que aliente la des-intensificación de la agro-ganadería y el reposo del campo, sino en un subvencionador del desaliño y los malos tratos al terreno. En el caso de los cereales o el girasol, las subvenciones a la hectárea promueven la roturación de valiosos eriales y prados para la siembra de mezquinas cosechas, negligentemente cosechadas.

La PAC estimula a su vez las políticas de concentración parcelaria, muy actuales en Castilla-León y Galicia; en efecto, si el rendimiento fundamental del secano es la subvención a la hectárea, y la calidad de las labores es secundaria, no cabe duda de que una respuesta racional es reunir toda la propiedad para así aplicar con la máxima economía de tiempo y recursos las campañas de laboreo y recolección. Y, a su vez, la concentración parcelaria favorece la agricultura a distancia, cada vez más común en las llanuras cerealistas: al reducirse las tareas anuales a unos pocos días es racional desplazar la residencia a las ciudades, donde se puede complementar con otros ingresos la rentabilidad de las tierras.

La agricultura a distancia, desde las ciudades, es uno de los principales estimuladores del mal trato al paisaje. Disuelto el vínculo afectivo entre el propietario y su terreno, se disuelve también la solidaridad de vecinos y la consiguiente vigilancia y emulación en las buenas prácticas.

A ello se añade el intenso efecto sobre el patrimonio cultural y natural ejercido por muchos megaproyectos: grandes actuaciones de infraestructura, producción, extracción o consumo inspiradas por cálculos de beneficio público. Entre ellos, es muy destacable por su vandálico efecto sobre el paisaje la antes mencionada concentración parcelaria, fervorosamente impulsada por la Administración de algunos gobiernos autonómicos. En su forma más perniciosa, la concentración parcelaria equivale a poner al territorio de rodillas ante un principio único, la productividad, y ante unos sumos sacerdotes, los

peritos, ingenieros y constructores de la obra. No sorprende que un paisaje devastado por una concentración parcelaria, en el que se han extirpado todos los vínculos patrimoniales, en el que se han entubado los arroyos, enterrado las fuentes, expurgado el arbolado y sepultado los caminos antiguos, se convierta en una invitación al uso sin amor del suelo.

Análogos efectos tienen otros megaproyectos, como los grandes embalses, explotaciones mineras o autovías. En un corto plazo de tiempo, estas iniciativas ponen en marcha drásticos cambios sociales y ambientales, cuyas consecuencias es difícil prever. El paisaje sufre el impacto primero, asimilable a una brusca modificación quirúrgica; y posteriormente, se encadenan otros cambios secundarios, cuyo efecto acumulado a veces supera el de la primera transformación.

La permisividad y el carácter impune de las transgresiones que se acumulan sobre la categoría distal de paisaje es una consecuencia de su infravaloración social. Los espacios distales son un a modo de trastienda o trastero de la convivencia; en ellos es inevitable por lo tanto una absoluta relajación de las normas sociales.

Como experimentalismo cabe describir las incesantes etapas de prueba y error, con abandono incluido, que siembran estos paisajes de rastros de intenciones empresariales o proyectos públicos: el esqueleto de una nave, un cercado de avestruces, un herrumbroso *pivot* de riego... La experimentación, frecuentemente fallida, acompaña a menudo las etapas de traspaso de propiedad por compra o por herencia. Otras veces, el incentivo principal es el cambio en la política de subvenciones. Con ayudas públicas se desmontaron muchos encinares en España durante los setenta, y con ayudas públicas se han sembrado decenas de miles de hectáreas de plantón de encina en la década reciente.

Bajo incrementalismo y acumulación se agrupan los efectos de la no-degradabilidad de los complementos agrarios contemporáneos. Los materiales empleados, las formas de geometría lineal, la profundidad de las acciones de laboreo, todo asegura la permanencia de las estructuras y las modificaciones introducidas.

La acumulación capitalista (Harvey, 1992) se ve disfrazada en los espacios hegemónicos (enclaves prósperos de ciudades, entornos museificados, zonas históricas o residenciales) por figuras de metabolización que la hacen asemejarse a un crecimiento o expansión. Sin embargo, en los espacios rurales no estructurados, que son el anverso y el sumidero de tales crecimientos, la acumulación se presenta en su crudeza caótica. El inmenso ajuar de las sociedades contemporáneas rebosa hacia el campo, donde los objetos menos queridos amueblan las segundas residencias, la pre-chatarra amuebla las parcelas, y la fácil infraestructura de deslinde o de construcción despliega sus volúmenes serios, vertidos desde una inquietante cornucopia de formas sintéticas y no degradables.

Los espacios distales se convierten con ello en un cementerio del crecimiento, donde los experimentos productivos 'de retaguardia' y los vestigios de acumulación procedentes de los núcleos del crecimiento van acopiándose de forma dispersa y azarosa.

En la rúbrica de flujos de información débiles se alude a la escasa cohesión interna de este tipo de paisajes y a su alejamiento de los modos ecosistémicos de organización. En zonas donde pervive el mosaico tradicional (campo, pasto y monte), cada aprovechamiento 'informa' a su entorno inmediato y al conjunto merced a las estrechas relaciones de vecindad y mutualismo trabadas. El

movimiento de ganado, los pastos comunes, las colmenas itinerantes, el uso separado del suelo y el vuelo, la caza, la rotación de cultivos, la gestión común de setos verdes: todo ello sugiere un funcionamiento sistémico, con una densa circulación de informaciones que producen efectos cruzados y se realimentan. En un paisaje agrotensivo, por otra parte, la densa vecindad, la competitividad y la común dependencia de insumos exteriores aseguran un constante flujo de información entre los productores. Los espacios protegidos o turísticos son también ámbitos de espesa circulación informativa, a través de las áreas de ocio común, la proximidad residencial y la subsistencia de tramas ecológicas. A ello se añade, como notable vector informativo, la figura del paseante, que enlaza espacios con su mirada transeúnte.

Por el contrario, en los paisajes distales, los aprovechamientos del espacio tienden a ser individualistas y no correlacionados. Es frecuente que una alambrada o una malla cinegética sea la primera acción de toma de posesión del territorio. Los experimentos empresariales en zonas apartadas (una granja avícola, una cantera, un desmante) se emprenden a título particular, sin conexión con una comunidad de producción. Las pervivencias naturales del entorno se ven interrumpidas por azarosas cacerías, azudes privados, talas incontroladas o sueltas de caza criada en granjas.



*Fig. 3. Encinar adehesado y cercas para pasto. Sierra de Montánchez, Cáceres.
(Foto P. Riesco)*

Finalmente, el rasgo etiquetado como extensividad agresiva hace alusión a lo siguiente: en esta categoría distal, el uso extensivo no implica buenas prácticas ambientales o paisajísticas. La escasa densidad y la intermitencia de los focos de agresión (ganadería adventicia, canteras, cercados, pistas, talas de arbolado) son compatibles con su intensidad e irreversibilidad. En efecto, es barato y rápido conseguir modificaciones graves en el paisaje (bajísimo coste de la hora de excavadora, disponibilidad general de prefabricados, ineffectividad de las sanciones por agresión al medio). De ahí que las huellas del nomadismo de los aprovechamientos en las zonas apartadas no sean reabsorbidas por el medio físico como era el caso en la agricultura de roza (por ejemplo en el Algarve, Portugal, donde la quema y desbroce de trozos de jaral para su siembra de centeno iba rotando con lenta periodicidad por las lomas escabrosas del monte). La huella de los experimentos de uso contemporáneos es relativamente indeleble, y un algoritmo de agresión localizada va transformando paso a paso lo extenso.

El uso ganadero y extensivo del suelo, que hasta no hace mucho aseguraba una buena protección del paisaje, no es ya garantía de calidad visual. El pastoreo personal es sustituido por las alambradas dentro de los latifundios de dehesa. El ganado va rotando sucesivamente por las parcelas que así se definen. Dado que cada tro-

zo cercado requiere acceso, las cercas van de la mano de las pistas, y las pistas, de los encauzamientos. Cabría aplicar a este modo de gestión de la dehesa el término 'rotación no sostenible'. Es tan poco gravosa la erección de naves y parideras que a menudo cada cercado de una propiedad así porcionada duplica las instalaciones del cercado vecino. La estabulación de animales es a veces destructiva, y se salda con la destrucción local del suelo o del arbolado. Con ello, y por acumulación de impactos, al cabo de unos años un viejo encinar puede verse convertido en un laberinto de alambres, sembrado de naves (la mayoría fuera de uso), erosionado y enfermo. Se trata de un uso nominalmente extensivo, pero *de facto* es un nomadismo intensivo e irreparable.

Un argumento muy usado en el estudio estadístico de los fenómenos naturales es el siguiente: "lo que es fácil termina ocurriendo". Los sucesos probables, para los cuales sólo existen barreras débiles, tienen garantía de producir repercusiones intensas, por repetición del efecto, si se espera un tiempo suficiente. Análogamente, dado que transformar el paisaje es fácil, el mecanismo hacia una progresiva acumulación de impactos está en marcha. Que las agresiones se asienten y que una lógica nueva –todavía invisible– pueda llegar a armonizarlas o a volverlas entrañables no es descartable en el futuro. Sin embargo, la inestabilidad de las for-

Fig. 4. Encinas desmochadas sobre prados con cantueso florecido. Alentejo, Portugal.
(Foto P. Riesco)



mas que la nueva agricultura hace emerger y la sucesión cuasi-bursátil de los usos del suelo dan lugar a un ritmo fugado de cambio al que el imaginario colectivo difícilmente puede seguir. De ahí la tendencia al repliegue (el hogar, la pantalla), la privatización (urbanizaciones ajardinadas, campos de golf) o el escape (viajes a paraísos exóticos).

SOBRE LAS VÍAS DE VALORACIÓN ESTÉTICA DE LAS CATEGORÍAS DEL PAISAJE

Donadieu (1998) ha observado recientemente: *“sabemos hoy día que la capacidad de una sociedad para inventar nuevas representaciones del paisaje –a través de la fotografía, el cine, la literatura– es en parte independiente de la capacidad que asegura su producción –por vía normativa y económica–*. Esta distancia social entre producción y representación se hace notar con mayor o menor intensidad en las cuatro categorías propuestas para el paisaje. Sólo en los paisajes protegidos para uso turístico se aprecia una relativa convergencia social entre los agentes de producción y los agentes de representación estética.

Así pues –como también ocurrió con las formas emergidas a raíz de la revolución industrial– se detecta un desfase temporal entre los procesos de remodelación del paisaje y los procesos de metabolización estética. La valoración de los nuevos paisajes se produce de forma rezagada y minoritaria. Como resultado, es general la falta de adhesión del hombre de hoy a los paisajes ‘contemporáneos’, esto es, los que acusan señales más evidentes de su transformación por tecnologías actuales. Como ya se ha apuntado atrás, ello conduce a varios procesos paralelos de retranqueo: nostalgia por los paisajes tradicionales, repliegue hacia el marco residencial-ajardinado, consumo de geografías exóticas, instalación estética en lo doméstico y en lo virtual (pantalla).

El que la representación y la recarga simbólica de los nuevos paisajes vayan muy a la zaga de su transformación física no debería, en sí mismo, constituir una fuente de inquietud. Es inagotable la capacidad humana para reelaborar estéticamente su relación con el entorno. Sin

embargo, la acusada inestabilidad de los cambios recientes en el paisaje, ligada a la azarosidad del mercado agrícola, la potencia de las tecnologías del espacio y la prolijidad de los accesorios, todo ello produce *“deriva paisajística”*. La deriva es más acusada en la categoría distal, donde no existe un sustrato colectivo que amortigüe o armonice los cambios. El resultado en muchos casos es un paisaje en fuga errática, cuyas representaciones estéticas no lleguen a adquirir madurez ni completitud. De ahí la importancia creciente de la figura del paisajista como mediador social (Donadieu, 1998).

Paisajes históricos: espacios moldeados por comunidades agropastoriles tradicionales

La belleza inscrita en tales paisajes se deriva de la densa y antigua interacción respetuosa entre pequeños propietarios y una naturaleza que florece en los intrincados intersticios y entrefases del parcelario. *“Debido al tamaño y potencia de los utillajes, existía [...] una obligada connivencia entre paisaje y paisanos. [...] La relación de cortesía con el lugar a la que está forzado el campesino origina geometrías con aire de naturaleza, de naturaleza magnificada”* (Corajoud, 1982). En la terminología de Bourdieu, se trata de un efecto inevitablemente ligado a la expresión histórica del *hábitus*, es decir, de los efectos no deliberados (que trascienden la suma de voluntades conscientes) de la constitución social y productiva. Una cultura histórica determina disposiciones que condicionan (y en parte automatizan) la acción, el pensamiento y los sentimientos de sus integrantes. Con una formulación más reduccionista, Malassis (1998) afirma: *“históricamente, el paisaje histórico es un subproducto de la producción alimentaria”* –podría echarse en falta aquí la producción energética (leña, turba)–. En cualquier caso, el paisaje tradicional nace como resultante involuntaria de procesos agregados de interacción con el medio: su apariencia global no deriva de un diseño, sino de la iteración en el tiempo de un algoritmo de uso.

La comunidad campesina, en su apretada convivencia de siglos, segrega un paisaje que se



Fig. 5. Prados húmedos flanqueando un arroyo, bajo laderas de brezal y bosque caducifolio. Sierra de Caurel, Galicia. (Foto P. Riesco)

deriva involuntariamente de su cotidianía, pulida por los roces de la vecindad y la emulación. La agricultura tradicional, a través de una minuciosa y diminuta acción sobre el medio, repite rituales lentos y compartidos, que generan espontáneos efectos compositivos de belleza orgánica. La vigilancia mutua entre una comunidad orgánica de pastores y agricultores conformaba densos engranajes de interacción, regulados por una naturaleza que aún podía ejercer de árbitro de la convivencia. Son los paisajes de mosaico, la prolija miniatura campesina. En Europa, distintas fórmulas regionales desarrollan un programa similar de coexistencia silvo-agropastoral: la *coltura promiscua* en Italia y Portugal, el *bocage* francés, los *kampen* en Centroeuropa, la dehesa y el *montado* ibéricos, el cultivo en hazas de Polonia.

En el Mediterráneo, la rica e inestable entrefase que separa, en densa contigüidad, el *ager* (labranza) del *saltus* (pastoreo) es un rasgo caracterizador de los paisajes campesinos (Mazurek y Blanchemanche, 1992). Superpuesto y fragmentado, un tercer componente se entrelaza con ambos: el bosque (*silva*). Uno de los indicadores del paisaje tradicional mediterráneo es la coexistencia del suelo y el vuelo (el aprovechamiento de herbáceas y leguminosas en simultaneidad con el aprovechamiento de frutos y leña de árboles).

Las bases de apreciación estética de tales paisajes son relativamente minoritarias. Las bolsas de campesinos que perviven en comarcas aisladas difícilmente perciben como bello su entorno, asociado a vida de trabajo y marginalidad. Las clases emergentes, en la ciudad y en el campo, tienden a identificar tales paisajes con retraso, pobreza y tercermundismo. Sólo una fracción pequeña de viajeros y turistas, que se expande al mismo compás con que se va extinguiendo el mundo campesino, valora la belleza orgánica y el tesoro etnográfico viviente de estos paisajes. Tal valoración no está exenta de escrúpulos y conflictos de conciencia. No queda lejos la descalificación de esta preferencia como un puro tributo a la nostalgia. Es frecuente el repudio de las formas de vida que engendran o engendraron los paisajes históricos, derivándolas del peso opresor de la pobreza. El propio viajero embele-

sado siente el aguijón de la culpa al recrearse en una belleza que tal vez deriva de la miseria: "*Hadn't I made their poverty my paradise?*" ("*¿no había yo asentado sobre su pobreza mi paraíso?*", Walcott, en *Omeros*, Chapter XLV, II).

Espacios agro-intensivos

Los paisajes resultantes de la intensificación e industrialización agraria son ensamblajes complejos de componentes y procesos: "*el esfuerzo técnico del siglo se ha afanado en hacer del territorio un soporte amorfo en el que podrían desplegarse libremente todas las estrategias de ordenación*" (Coraujoud, 1982). A diferencia de las geometrías balbucientes y temblorosas del paisaje tradicional, que con su lento metabolismo realzan los rasgos primarios del soporte natural, en estos espacios se produce una completa suplantación del geosistema.

Un indicador de tal proceso es ofrecido por la dimensión fractal de las geometrías del paisaje. La riqueza de formas topográficas, texturas y linderos propia de los paisajes de mosaico (en los territorios de uso tradicional) es reemplazada por estructuras rectilíneas y superficies planas en la agricultura exhaustiva. Como resultado, la dimensión fractal D de las líneas que componen la planimetría de un paisaje va disminuyendo progresivamente hasta acercarse al extremo inferior ($D = 1$). Fox *et al.* (1997) mostraron en un estudio basado en el análisis fractal de diversos tipos de uso del suelo en Tailandia que el valor de D era máximo en el bosque denso, intermedio en los arrozales tradicionales y mínimo en áreas de parcelación moderna.

Con todo, cabe proponer vías para la valoración estética de los paisajes agro-industriales. El campo dedicado a una explotación racional no debe darse por definitivamente inaprovechable para el asentamiento de percepciones estéticas. Los espacios resultantes son post-campesinos y conceden poco espacio intersticial a los procesos naturales, pero no puede excluirse de ellos la emergencia de nuevas formas de belleza de paisaje.

En cualquier caso, tales atisbos de una belleza emergente derivan de una percepción estética

plenamente desinteresada, ajena a toda búsqueda de significación social o natural. En tal percepción, no se establecen correspondencias en el sentido fijado por Seel (1991) para la valoración de la naturaleza, es decir, la mirada no se proyecta sobre el espacio interrogándose sobre la bondad existencial del lugar para el vivir. Un territorio puede ser "feo" en sus correlaciones sociales o ecológicas (en la medida en que en él no es viable una vida buena), y no obstante despertar placeres estéticos de índole contemplativa o imaginativa.

Seel describe estos otros cauces de conexión estética con el mundo. La vía contemplativa es un camino sensorial, ajeno a las pautas artísticas o culturales, "*que se dirige a la fenomenalidad de los objetos (naturales), sin perseguir significados*" (citado en Trebess, 1999). Las formas inscritas por la actividad humana sobre el paisaje admiten esta percepción, basada en un libre juego, no mediatizado por experiencias culturales, de los sentidos. Por su parte, la vía imaginativa se abre a partir de la capacidad adquirida, tras abundante adiestramiento artístico-cultural, para leer la naturaleza como arte y el arte como naturaleza.

En el caso de un híbrido socio-natural (Swynghedouw, 1997) tan potente en expresión como el paisaje agrointensivo (por ejemplo, los cultivos bajo plástico), su incipiente reivindicación estética se basa probablemente en una expansión de los planteamientos formales que permiten apreciar las formas abstractas o matéricas de la pintura y la escultura contemporánea. El *land-art* o los envoltorios de Christo no distan mucho en procedimiento ni en resultados de los logros involuntarios de mucha intervención agroindustrial masiva sobre el medio.

Es preciso insistir en el carácter minoritario de estos cauces de valoración estética, ajenos tanto al canon popular como a los dictados de la sostenibilidad y la biodiversidad.

Espacios de consumo turístico

La reconstrucción de paisajes de ruralidad idílica no es necesariamente un postizo ajeno a las pautas territoriales originales del lugar. Pero las condiciones de apreciación estética de

masas son actualmente inseparables de las leyes de apetencia mercantil. La inmersión ciudadana en densos circuitos de oferta y demanda desarrolla facultades que orientan las incesantes decisiones de consumo, haciendo prevalecer un modo inventarial y desmenuzado de percepción. La *commodification*, esto es, el proceso tendente a acuñar en todo fragmento de realidad una unidad mercantil de consumo, es un intenso determinante estético.

Las tres vías señaladas por Seel para la relación estética con la naturaleza (contemplación, imaginación y correspondencia) mantienen su validez al ser aplicadas a un consumo de masas como el que se ejerce sobre los espacios naturales turísticos. En los espacios agro-intensivos, como se ha señalado atrás, el cauce imaginativo (lectura del paisaje a través del arte) es el principal, aunque escasamente transitado y agnóstico en lo ambiental. Por el contrario, en el caso de los espacios idílico-turísticos, el cauce principal de apreciación es el de la correspondencia. Es decir, lo que hace valioso un paisaje para el turismo de masas es, ante todo, su asociación con factores positivamente marcados. Esto no debe identificarse con una percepción del paisaje como marco integral de vida. El paisaje turístico es percibido como bello en la medida en que se le asocia con mercancías apetecibles y actividades placenteras. La construcción social del deseo hacia un espacio turístico sigue las mismas pautas que ligán el consumo con las preferencias culturales en el conjunto de la sociedad. En nuestro entorno geográfico, por ejemplo, la gastronomía juega un papel destacadísimo como valorizador oculto del paisaje. "Buena tierra aquélla", se dice, evocando con entusiasmo vinos y platos en tanto que la mirada olvida las formas.

Al subsumirse la apreciación de tales espacios en la espesura de las relaciones de mercado, se desencadena el mismo paso hacia la abstracción causado históricamente por la aparición del dinero. El paisaje pasa a ser cotizado por atributos invisibles, que adquieren su resplandor por indirecta iluminación mercantil. Tal pueblo de Palencia, a pesar de su paisaje tradicional devastado por las máquinas de la concentración parcelaria, a pesar de las naves gana-

deras con cubierta de aluminio deslumbrante sobre los tejados del lugar, a pesar de las cercas de piedra suplantadas por alambradas, deja en el visitante un sentimiento general de idilio. En efecto, una iglesia románica inscribe el pueblo dentro de una ruta que la agencia de viajes o la Administración regional ha editado y comercializado; y la rotunda gastronomía y los vinos recios que la próxima parada ha de ofrecer tienden su manto protector sobre la totalidad de la experiencia del día de viaje, irradiando su contigüidad cálida hacia la fisonomía del pueblo en cuestión, que al final será declarado inolvidable.

El ingreso de un territorio en el canon no supone por lo tanto su preservación, aunque sea petrificada o museificada. Es frecuente en nuestro país que algunos de los enclaves más cantados y alabados por el consumo y la cultura de masas sufran graves degradaciones sin alarma social ninguna.

El canon paisajístico para el turismo de masas opera, en efecto, mediante una sinécdoque (la parte por el todo) que prescinde de la mirada global sobre el espacio. La meseta del Aljarafe, cercana a Sevilla, refugio veraniego de la ciudad, cuyo paisaje tradicional era un denso tapiz de árboles (higueras, olivos, naranjos), proporciona un ejemplo útil. Para que el Aljarafe sea Aljarafe basta que quede mosto en las bodegas, algún naranjal resistente al avance de las urbanizaciones, y la brisa de los anocheceres, más sabrosa que la de Sevilla. No causa alarma alguna la abarrotada cornisa, ni los planes de una autovía por el meridiano de la meseta, ni la oruga de chalés adosados asomándose al último reducto 'virgen' de la cornisa del Aljarafe.

Así también, el Rocío y el camino del Rocío se convierten en un paisaje virtual, sustentado por el consumo de imágenes procesadas para su difusión masiva. El capital simbólico de la famosa peregrinación es tal que permite la disolución del paisaje geo-físico bajo una capa de asociaciones sentimentales y mercantiles. Aunque el camino se haya vuelto un canal entre alambradas saturado de olor a fertilizantes y herbicidas, más poderosa que cualquier constatación será la evocación colectiva de un antiguo idilio de pinos, arroyos y lirios. Ello permite a las hermandades,

a los medios de comunicación y a los hipermercados co-producir un guión feliz que autoriza a todos a desentenderse de la degradación real del camino; y que facilita a los propios cantores de las bellezas del Rocío sembrar de detritus de plástico su senda peregrina.

Tales espacios son el correlato esperable de una experiencia estética de masas que se ve canalizada a través de la apropiación o el consumo. En un texto anterior (Riesco, 2000), se vinculaba la decadencia del paisaje con una creciente miopía hacia las escalas grandes. El ciudadano medio, adiestrado estéticamente por la televisión y el consumo de objetos, tiende a situar la belleza en contenedores compactos: la pantalla, el museo, el monumento, el espectáculo, el parque temático.

No es históricamente insólito este desinterés por las grandes armonías del paisaje extenso. Lo específico a nuestra época, sin embargo, es la dependencia de la estética popular con respecto al proceso de *commodification* (mercantilización). Los flujos de mercado son lubricados por el diseño, que estimula apetitos crecientes por los objetos y los espectáculos.

En particular, la televisión, como formador del canon estético contemporáneo, determina preferencias fantasmales y de débil raíz sensorial. La imitación de paisajes y arquitecturas vagamente entrevistados en la pantalla estimula aspiraciones de estilo (ejemplos: el chalet, el césped, la balaustrada, el paisaje de urbanización) que no vienen avaladas empíricamente por las negociaciones de la experiencia corporal. De ahí la emergencia de paisajes-pastiche, que remedan en clave pobre los espacios transitados por los galanes y beldades de las revistas de corazón.

Espacios distales

El acarreo caótico de elementos prefabricados; la agricultura azarosa y oportunista; la fragmentación de las tramas naturales: todo ello crea un marco difícil de asimilar estéticamente. Es cierto que *"el proceso estético crea atmósferas a partir de lo viviente y lo inanimado, lo técnico y lo natural, lo humano y lo extra-humano"* (Böhme, 1995). Y el incesante ejercicio de búsqueda

desarrollado por el arte contemporáneo desvela formas sugerentes en casi cualquier soporte. Por ello se ha argumentado atrás, en coincidencia con otros autores, que —por ejemplo— el paisaje agro-industrial puede deparar experiencias estéticas inesperadamente ricas. De las tres vías de percepción estética de la naturaleza establecidas por Seel (1991), contemplación, imaginación y correspondencia, se ha subrayado como cauce principal de aprecio estético por los paisajes de agricultura exhaustiva la vía imaginativa. Ésta se basa en la intertextualidad entre naturaleza y arte, que permite aplicar a lecturas cruzadas desde un espacio densamente moldeado por la acción humana hacia el mundo ideal de las construcciones de arte contemporáneo.

Sin embargo, en los espacios distales, esta tarea es menos fácil. En efecto, lo que allí se está produciendo es una pérdida de dignidad del paisaje, convertido en vertedero de baja intensidad, y poblado de elementos seriados dispersos. La vista no puede fluir sobre tramas naturales, interrumpida como está por disonancias banales y sin fuerza articuladora. No es fácil encontrar pivotes de composición en las disonancias, dada su distribución rala y arrítmica (las naves ganaderas, los silos, se distribuyen caóticamente y sin configurar densidades suficientes). Los paisajes resultantes son *"ensamblajes pobres"* de elementos que no se articulan entre sí (Corajoud, 1982): *"nuestra capacidad de integrar [tales elementos] en una unidad de percepción se ve limitada por sus formas pesantes, singulares, que les imprime el aspecto de estar posados sobre el mundo"*. Esto es, los paisajes distales no son el soporte de *"ensamblajes complejos"*, como es el caso de los paisajes agro-intensivos. Antes bien, se trata de geometrías enrarecidas, sobre un tapiz degradado de naturaleza residual, en el que se asientan formas advenedizas (naves-ovni, pistas rectilíneas, desmontes, alambradas-pantalla) con débiles relaciones mutuas y con el lugar. Tales formas no son perecederas y carecen de la capacidad para disolverse en el entorno.

Así y todo, la polisemia del paisaje permite, incluso en estos paisajes, la complacencia estética. Ésta puede apoyarse en tres recursos: el filtrado del macropaisaje; la búsqueda de micro-paisa-

jes; o los hallazgos u *objets trouvés* –pintorescos, cómicos o sugerentes– servidos por el azar.

- Hay llamadas a flexibilizar nuestro sistema sensorial (*Sensorium*) hasta acomodar la percepción a las disonancias, filtrándolas para no perder de vista las armonías subsistentes o las imperiosidades de la subsistencia. Schmidt (1999) advierte contra la irritabilidad morbosa y asocial del esteta: “no todas las agresiones [al paisaje] son iguales. Un montón de estiércol al borde del camino no es lo mismo que la lavadora tirada al arroyo [...]. Sin duda que las [cabinas prefabricadas de plástico para refugio de caballos] no constituyen un tipo tradicional de arquitectura campesina; pero quizás suponen la puerta de acceso a la cría caballar para gente que ni tienen dinero ni tierras para montar una ganadería”. Además de este imprescindible análisis social de los impactos, la habilidad para dejar correr la vista sin tropezar en los escollos visuales puede aprenderse. La capacidad de encuadrar selectivamente, de desenfocar las disonancias, de modular los ritmos de recorrido en la inspección visual, todo ello puede venir en ayuda de una percepción placentera de paisajes heridos. Que esta capacidad, desarrollada en exceso, sea connivente con todas las tropelías que se desatan sobre el paisaje, no disminuye su viabilidad.

- Otra opción es el repliegue sensorial hacia los micro-paisajes. Si se renuncia a los grandes recorridos de la mirada, si se descartan las panorámicas, es posible encontrar asilo en los pequeños rincones intactos donde la naturaleza residual o el vestigio etnográfico perviven. Muchos aficionados a la botánica o a la ornitología se salvan del desánimo refugiándose en lo diminuto. Las bellezas florales de una simple cuneta de autopista pueden consolar a los contemplativos.

- Finalmente, y en una onda mucho más urbana e irónica, es posible, en los espacios distales, salir a la caza de las combinatorias

peregrinas, de los acoplamientos provocadores, expresivos o risibles entre objetos. El antiguo chozo de piedra coronado de alambradas, el brillo cegador de una chapa de aluminio sobre los prados, un viaducto de autovía proyectando sombra sobre una aldea que se despuebla: en todas estas composiciones formales, una mirada libre de prejuicios morales o ecológicos puede encontrar innumerables *objets trouvés* del fragmento paisajístico, dignos de atención o incluso placer estético.

CONCLUSIÓN

No es fácil identificar de forma inequívoca las fuerzas que originan los paisajes de la negligencia aquí denominados territorios distales. Factor común a las causas activas de degradación es el desplazamiento de la convivencia, que ha determinado desgarrones en el tejido de la vigilancia y cooperación social, desgarrones donde prospera el paisaje distal. El vehículo de la degradación, en algunos casos, es la general permisividad, aprovechada por los *free riders* (abusones) que encuentran oportunidades rentables en la invertibración profunda de los territorios. En muchos otros casos, sin embargo, la degradación paisajística se deriva de una simple lucha de ajuste y subsistencia de la población rural. En cualquier caso, sería un error defender la tesis de que el comportamiento causante de la degradación del paisaje procede de las convicciones y los deseos de quienes dan lugar a los deterioros. Esta explicación subjetivista de las acciones sobre el paisaje ignora el carácter internalizado, involuntario, condicionado por disposiciones (Bourdieu) de las que el propio agente es escasamente consciente.

La población que vive en el campo se ve abocada a soluciones improvisadas ante el adelgazamiento de las estructuras de ayuda mutua, la atrofia de la comunidad rural, y la extinción de los procedimientos tradicionales. Tanto la respuesta de mera subsistencia, como la depredación sobre el campo, se realizan bajo condicio-

nes que en poco se diferencian de las que da por supuesto –en el ejercicio de su vida laboral– el resto de la sociedad: búsqueda de máximo beneficio, defraudación moderada de la ley (Schmidt, 1999). Pero estas intenciones, más o menos compartidas con amplios sectores de la ciudadanía, encuentran en los territorios desmantelados su mejor caldo de cultivo, gracias a la impunidad de las acciones realizadas fuera de los centros de convivencia.

La producción de formas en la agricultura de rapiña o de subsistencia, en un contexto de desarticulación de la comunidad campesina, comparte algunos rasgos con la producción de formas en los paisajes tradicionales y en la arquitectura popular (improvisación, oportunismo, aprovechamiento del recurso más barato). Así, por ejemplo, el uso de un *sommier* como cierre de una portilla es un procedimiento intrínsecamente popular. Sin embargo, la resultante formal es muy diferente, debido a varias razones.

- Mientras que en la cultura tradicional campesina, los recursos más baratos eran locales y naturales (piedras, barro, ramajes, setos verdes), la agricultura contemporánea tiene a su servicio una amplia oferta de equipamientos y accesorios (casetas, silos, cebaderos, cercas) de origen industrial y de diseño indiscriminado. Estos elementos son esencialmente alóctonos, ajenos (en material y en elaboración) al lugar de instalación; son mudos en cuanto a su procedencia geográfica; son inorgánicos en cuanto a la forma; y son sintéticos, es decir, procedentes de elaboraciones que los alejan de los ciclos naturales de recirculación. Por ello, las intrusiones visuales no sedimentan ni se disuelven en el paisaje, sino que flotan en el campo de visión como perturbaciones obstinadas.

- La intensidad de las modificaciones en la agricultura o la construcción contemporáneas es muy acusada. El coste relativo de las intervenciones sobre el medio es bajo, y los impactos potenciales enormes. Con poco presupuesto, un ganadero puede arruinar un paisaje. Basta instalar con piezas prefabrica-



Fig. 6. Dehesa de alcornoque en Salamanca en régimen de explotación semi-extensiva de porcino. Los árboles van muriendo por exceso de presión ganadera. (Foto P. Riesco)

das una nave, unos silos, un cercado, y dejar que el tiempo se inscriba en el entorno con su clepsidra de detritus: neumáticos amontonados, árboles muertos por hacinamiento del ganado, la carcasa de un coche viejo... Todos estos elementos tienen alta visibilidad (superficies reflectantes), bajo coste y escasa degradabilidad natural. Es barato hacer movimientos de terreno, es barato arrancar la vegetación, es barato abrir pistas y circular por ellas; y el resultado es que se sobreactúa (se dispara con pólvora del rey), haciendo intervenciones que van más allá de la estricta necesidad de la explotación, y por supuesto externalizando todos los costes de impacto visual o ecológico.

- Un tercer factor es la ausencia de orquestación entre las perturbaciones, debido a la baja intensidad de explotación propia de los territorios distales. En cambio, cuando el aprovechamiento del suelo es denso (paisaje agro-intensivo), la contigüidad estrecha entre agricultores limita la arbitrariedad de las intervenciones sobre el medio, y promueve la emergencia de celdas básicas y por lo tanto de ritmos espaciales.

La tendencia a la degradación paisajística es tan robusta como la tendencia a la acumulación en las economías de mercado. La intensa marca que dejan sobre el paisaje las técnicas y equipamientos agrícolas contemporáneos y el carácter irreversible de muchos experimentos de uso va extendiendo el ámbito de los espacios distales. Con ello se inicia un círculo vicioso: la degradación de un paisaje va descartándolo como lugar oficialmente bello y entregándolo aun más al abuso y al experimento. La atención pública concentra su atención en lugares canonizados y condena al olvido el resto. A medida que avanza la degradación, las oportunidades de un territorio para ingresar entre los bendecidos por el canon (parques naturales, parajes protegidos) van reduciéndose. De resultas de todo ello, se afianza la compartimentación del territorio, dividido en una fracción agro-intensiva, otra destinada a la función residencial y turística, y una trastienda (que

va desparramando su ámbito sobre los islotes de paisaje tradicional) donde todo está permitido en aras del lucro o de la supervivencia.

La acción pública sobre el paisaje no puede prescindir del análisis del flujo de equipamientos y técnicas sobre el territorio, pues son ellos los artífices de la remodelación del espacio. El estudio atento del flujo de las mercancías en su acumulación sobre el campo y el diálogo con el mercado son ingredientes esenciales de una acción eficaz, escasamente explorados todavía. A título de ejemplo, apenas se han establecido normas de etiquetado y homologación paisajística en los equipamientos agro-ganaderos.

Así como es social y mercantil la producción del paisaje, también lo es su consumo. Una defensa eficaz de los valores del paisaje debe ser plenamente consciente de la dimensión involuntaria de su degradación, dictada más por la constitución del mercado que por una intención de configuración formal. El mercado hace viables determinadas prácticas e instalaciones que perturban intensamente la fisonomía del campo; y al mismo tiempo, estimula modos de apreciación que favorecen el consumo excluyente de algunas unidades de paisaje y el olvido del resto. El estudio de las disposiciones y automatismos propiciados por el aglomerado cultura-consumo sigue siendo una herramienta imprescindible para orientar la acción colectiva sobre el paisaje.

BIBLIOGRAFÍA

- Berking, H. (1999) "Stadt und Land: Ein Denk-Bild verschwimmt", *Ästhetik & Kommunikation* 106 (September), p. 15-19, Berlín.
- Böhme, H. (1995) "Einführung in die Ästhetik", *Paragrana*, Band 4, Heft 32, Berlin, S. 240-254.
- Corajoud, M. (1982) "Le paysage c'est l'endroit où le ciel et la terre se touchent". *Mort du paysage? Philosophie et esthétique du paysage*. Collection Milieux, Champ Vallon, Seysel.
- Donadieu, P. (1998) "Le paysage peut-il être extensif ? ou le double jeu de l'agriculture extensive", en *L'extensification*. Dossiers de l'Environnement de l'INRA n°16, Paris, p. 85-92
- Drain, M. (1998) "Les specificités du paysage méditerranéen", en *El paisaje mediterráneo*, editado por J. Arias Abellán y F. Fourneau, Universidad de Granada.
- Fox, J., Krummel, J., Yarnasarn, S., Ekasingh, M. y Podger, N. (1997) "Land use and landscape dynamics in northern Thailand: assessing change in three upland watersheds since 1954" URL:<http://envgov.ewc.hawaii.edu/env/working.papers/jfox/thai.html>.
- Groh, R. y Groh, D. (1991) *Weltbild und Naturaneignung. Zur Kulturgeschichte der Natur*. Frankfurt.
- Harvey, D. (1992) "Capitalism: The Factory of Fragmentation", *New Perspectives Quarterly*, Volume 9 #2 from Spring of 1992, Center for the Study of Democratic Institutions.
- Luginbühl, Y. (2001) "La demande sociale de paysage", Rapport au Conseil national du paysage, séance inaugurale du 28 mai 2001.
- Malassis, L. (1992) "Pasado y devenir de los paisajes agrícolas", en *Paisaje Mediterráneo*, Electa, Milán.
- Martínez Alier, J. (1994) *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Barcelona, Icaria.
- Martínez de Pisón, E. (1989) en *Seminario sobre el paisaje: debate conceptual y alternativas sobre su ordenación y gestión: Madrid, 22-23 de junio de 1987*, Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes.
- Mazurek, H. y Blanchemanche, PH. (1992) "La organización del paisaje rural mediterráneo, de los pueblos a las fincas de pastoreo", en *Paisaje Mediterráneo*, Electa, Milán.
- Ojeda Rivera, J.F. (1993) *Doñana, esperando a Godot*, Sevilla, Instituto de Desarrollo Regional, Cuadernos del IDR, 31, Universidad de Sevilla.
- Riesco Chueca, P. (2000) "La interpretación de perturbaciones en el paisaje rural. Propuestas de atenuación", *Andalucía Geográfica*, N° VII, Diciembre, Sevilla.
- Rubio de Grall, M.J. (1989) en *Seminario sobre el paisaje: debate conceptual y alternativas sobre su ordenación y gestión: Madrid, 22-23 de junio de 1987*, Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes.
- Schmidt, G. (1999) "Alles Metropole? Eine Erwiderung auf Helmuth Berking", *Ästhetik & Kommunikation* 106 (September), p. 20-25, Berlín.
- Seel, M. (1991) *Eine Ästhetik der Natur*, Frankfurt, Main.
- Swyngedouw, E. (1997) "Neither Global nor Local: 'Glocalization' and the Politics of Scale", *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*, editado por K.R. Cox, The Guilford Press, London.
- Trebesch, A. (1999) "Martin Seel und Lothar Kühne: eine ausgebliebene Ost-West-Diskussion zum Verhältnis von Natur und Ästhetik", *Ästhetik & Kommunikation* 106 (September), Berlin, p. 107-117.
- Walcott, D. (1990) *Omeros*, ed. bilingüe, con versión de José Luis Rivas, en Anagrama, Barcelona, 1994.
- World Development Report 1997, *The State in a Changing World*, Junio. Editado por Oxford University Press, World Bank.